

CUADERNO DE RUTA: CASA DE CAMPO 27/01/2008

Me levanté temprano, quizá demasiado temprano para ser domingo de invierno, pero con la seguridad de que el día que comenzaba prometía. Así fue cómo me dejé caer de la cama a eso de las siete y media de la mañana del día 27 de enero para reunirme con mis compañeros *Interbikers* en la estación de metro de Lago y hacer la ruta alrededor de la Casa de Campo.

La idea me agradaba enormemente: para mí la Casa de Campo, a pesar de formar parte de la ciudad, era la gran desconocida. Había ido allí siempre con un objetivo concreto: para ir al Zoo, al Parque de Atracciones, al Master de Tenis, etc, nunca, sin embargo, fui allí para pasear por sus inmediaciones. El hecho de poder conocerla sobre dos ruedas no podía por menos que fascinarme.

Y la jornada, por supuesto, no defraudó.

Mientras me estaba terminando de quitar las legañas en el vagón de metro rumbo a Lago, coincidí con un Chemita irreconocible: estaba hecho un figurín con el tremendo pepino de bici y su indumentaria rabiosamente *pro*. A la salida del vagón ya en la estación de Lago vimos salir a Juan Carlos. Los tres nos dirigimos al exterior de la estación donde ya se encontraba José esperándonos. Eran las nueve y media en punto. La hora en que nos citamos.

Estuvimos unos 20 minutos más aguardando a algún otro rezagado. Durante la espera nos enfrascamos en una animada conversación sobre nuevas rutas, y también sobre el panorama de los medios de comunicación. Una vez cerciorados de que nadie más que nosotros asistiría, emprendimos la ruta.

El día amaneció claro, confiamos en que iba a ser soleado, y no nos equivocamos. A pesar de esto, las primeras pedaladas costaron. No era para menos, hacía bastante frío, unos 7 grados. Pero pronto entramos en calor. Desde la estación de metro nos dirigimos al lago dirección este, a través del paseo del Embarcadero, a los 500 metros giramos dirección norte hacia el paseo Azul donde aún quedaba alguna hetaira cansada de la fría madrugada y de la indiferencia de los escasos transeúntes.

En el primer cruce nos incorporamos a una de las vías que entran hacia el interior del gran parque, dirección oeste, y nos perdimos por sus maravillosos parajes llenos de tranquilidad. A nuestro paso veíamos el manto verde del suelo destellante por la escarcha. Este tramo del paseo resultó muy agradable, no entrañaba ningún desgaste físico, no existían ni repechos, ni descensos pronunciados.

Desembocamos en un espacio abierto que topaba con el muro occidental del parque. Según vimos en el cartelito informativo, el muro fue mandado construir por el rey Carlos III en la segunda mitad del siglo XVIII. Hicimos un alto para hacer tiempo mientras esperamos a unos amigos ciclistas del Chema (PONER NOMBRES). En este rato nos hicimos unas cuantas fotos y tomamos un tentempié, a la vez que retomamos la animada conversación del inicio. En el rato que estuvimos también nos dió tiempo a subir una cuesta dirección sur continuando el muro hasta la puerta de Somosaguas. Allí salimos unos metros del parque para contemplar los estupendos chalés de la urbanización. Reemprendimos el camino recorrido hacia la zona del muro y al poco tiempo llegaron los amigos de Chema que pronto confraternizaron con nosotros.

En ese momento nos dirigimos de nuevo dirección sur en busca de unos *toboganes* en el interior del parque. Eran ya cerca de las 11 de la mañana cuando dimos con ellos. Tuvimos que separarnos bastante unos de otros para no comernos la rueda trasera de nuestro compañero, pero el placer de la velocidad sobre todo en el último tobogán nos animo a repetir de nuevo esta ruta, aunque desde una zona más alta.

Una vez extasiados por la repetición de la experiencia de los toboganes (que, dicho sea de paso, me resultó más divertida porque arriesgas un poquito más), nos dirigimos al otro extremo de la Casa de Campo, dirección noreste, para buscar un bidón que se le cayó a uno de nuestros nuevos amigos cuando venían a reunirse con nosotros. Así que de nuevo atravesamos el interior de la Casa de Campo de suroeste a noreste aunque un poco más incómodos: era pasado el mediodía y a esas hora se estaban llenando las vías principales del parque con más ciclistas y domingueros varios.

Una vez cerciorados de que algún desaprensivo se llevó el bidón tirado en el suelo, decidimos dar por terminado el paseo. Detrás quedaban cerca de tres horas de agradable y, en ocasiones, excitante excursión, para reincorporarnos de nuevo a la dinámica de nuestra rutinaria vida a la espera de la próxima salida.

Luís Alberto Álvarez